

# CAMBIAR LA HISTORIA. HISTORIA POLÍTICA Y ELITE POLÍTICA EN EL URUGUAY CONTEMPORÁNEO\*

JOSÉ RILLA\*\*

## I

A lo largo de dos siglos el Uruguay ha logrado construir una asociación política que se vio a sí misma como realización histórica, como continuidad y proyección de una acumulación renovable. Según un investigador sueco de los años 60, la nuestra podía ser considerada como "una política de historiadores", en la que casi todo reconocía filiación y en la que resultaba de alto riesgo para los actores cualquier propuesta basada en la "hora cero". Ese vínculo entre pasado y presente, caro a la elite política y a la ciudadanía que se fue construyendo junto con ella, está hoy amenazado, bastante más incluso de lo que parece estarlo en el fragmentado mundo contemporáneo.

La historia y el historiador difícilmente recuperen en el corto plazo la dimensión pro-

fética que supieron tener en el ciclo iluminista, pero la escisión que se viene insinuando (epistemológica, generacional) está cargada de implicaciones para la acción pública y para la política democrática. Eric Hobsbawm un historiador británico no precisamente muy cercano a la cuestión democrática refiere a esta ruptura en los siguientes términos:

*"En todos nosotros hay una zona de sombra entre la historia y la memoria; entre el pasado como un registro general abierto a un examen más o menos imparcial y el pasado como parte recordada o experiencia de nuestras vidas. Para cada ser humano esa zona se extiende desde el punto donde comienzan las tradiciones o memorias familiares (...) hasta el fin de la infancia, cuando se reconoce que los destinos público y privado son considerados inseparables y se determinan mutuamente (...). Siempre existe una especie de tierra de nadie."*<sup>1</sup>

\* Una remota versión de esta comunicación fue presentada en las Jornadas Internacionales de Historia Política: *Traectorias políticas, partidos y elecciones en el siglo XX sudamericano*, reunidas en Mar del Plata, Argentina, 16-17 de octubre de 1997. Esta versión es de setiembre de 1999.

\*\* Profesor titular de Historia Contemporánea. Investigador del Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. Profesor de Historia Económica, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de la República. Investigador y docente del CLAEH, Instituto Universitario.

1 Eric Hobsbawm, *La era del imperio*, pp 2-3, Barcelona, Labor, 1989. El mismo autor ha insistido más tarde en la idea del "presente permanente" en su célebre *Age of Extremes* de 1994, *Historia del Siglo XX*, p.13, Barcelona, Grijalbo, 1995. Para un examen diferente de esta cuestión ver A. Chauveau y Ph. Tétart, *Questions à l'histoire des temps présents*, Bruxelles, Ed. Complexe, 1992, especialmente los trabajos de Bernstein, Milza y Rémond.

La "política sin historia" ha sido recientemente identificada como expresión de un empeño tecnocrático, sustraído del debate democrático que requiere de contextos y espacios públicos para "valorar opciones" y "justificar decisiones".<sup>2</sup> Quienes han estudiado el fenómeno desde la perspectiva de la construcción de las naciones modernas han tenido a menudo muy presente el carácter "artificial" de muchos procesos: "El olvido -escribía Renan en 1882- e incluso diría el error histórico, son factores esenciales en la creación de una nación". Eric Hobsbawm ha reclamado un estado de alerta de los historiadores cuya misión esencial o "responsabilidad" debiera ser discriminar con precisión entre historia y memoria, fundar a ésta en "la verdad" y desarrollar estrategias contra el olvido: "History is not ancestral memory or collective tradition (...) It is important for historians to remember their responsibility, which is, above all, to stand aside from the passions of identity politics - even if they also feel them."<sup>3</sup>

Cabe agregar sin embargo que no todos los especialistas comparten pacíficamente este recelo hacia la mitología que sostiene a las construcciones nacionales. David Miller<sup>4</sup>, profesor de Oxford, se apoya también en Renán y en Benedict Anderson (para este último, la nación se sostiene en creencias sólo transmisibles desde artefactos culturales y medios de comunicación<sup>5</sup>, pero lo hace para tomar dis-

tancia respecto a los enfoques peyorativos que, digo de paso, terminan asignando al historiador una misión demasiado exigente para con sus sociedades nacionales. De acuerdo a Miller, todas las identidades nacionales son "ficticias", pero ello no las desmerece y mucho menos las inhabilita para encarnar una comunidad histórica y moral. La mayor parte de los Estados se ha creado por la fuerza y se ha reproducido desde la asimetría, pero con el tiempo, "los pueblos sometidos han llegado a verse como compatriotas." Habrá pues, mitos "malos" y mitos "saludables"<sup>6</sup>. En todo caso, el historiador debería esmerarse en dos tareas: medir la distancia entre "la verdad" y su estilización mitológica, tanto como reconstruir los modos en los que una comunidad elabora y usa sus mitos, los adopta ya como consuelo, ya como estímulo para la acción. Miller nos acerca un sagaz comentario de Geroge Orwell en escrito en *The English People*: "la idea de que nos parecemos a nuestros ancestros - que Shakespeare, por ejemplo, se parece más a un inglés moderno que a un francés o a un alemán modernos- puede ser poco sensata, pero al existir influye en la conducta. Los mitos en los que se cree tienden a hacerse verdad, porque establecen un tipo o persona, que la persona corriente hará lo posible por emular".

\*\*\*

Esta comunicación no está referida a las construcciones nacionales sino partidarias. Sin embargo, varias de las referencias que anteceden son un buen punto de partida para pensar en los usos de la historia por parte de los partidos políticos uruguayos.

2 Cfr. Ruth Rennie, "La historia y la elaboración de las políticas" en *Revista Internacional de Ciencias Sociales (RICS)* de la Unesco, N. 159, junio 1998.

3 Eric Hobsbawm-Terence Ranger (Eds) *The invention of tradition*, Cambridge, 1983; Eric Hobsbawm, "The new threat to history" en B.Brivati, J.Buxton, A. Seldon (eds.): *The contemporary history handbook*, Manchester U. Press, 1996, pp. 3-10.

4 Ver David Miller, *Sobre la nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural*, cap. 1-2, Barcelona, Paidós, 1997.

5 Benedict Anderson, *Imagined Communities*, London, Verso, 1991.

6 Mito "saludable" es el de Dunquerque para los británicos de la segunda posguerra. Se puede dudar historiográficamente si la evacuación de 1940 fue como la contaron muchas veces, pero no del efecto que causaba su relato cuando Harold Wilson lo usaba para estimular a los ingleses en 1964, tiempos de crisis.

## II

El pasado uruguayo parece devenir opaco para los actores políticos. Dicho en términos tocquevilleanos, "mis ojos no encuentran un paralelo con lo que está ocurriendo; como el pasado dejó e echar su luz sobre el futuro, la mente del hombre vaga en la oscuridad".<sup>7</sup> Las prácticas más comunes de acción política y de legitimidad no se ofrecen ya como reelaboración de tradiciones hace poco bien ostentadas, mientras que las nuevas identidades partidarias se implantan con relativa celeridad, sin "resistencia de la historia".

Así, el sistema de partidos uruguayo ambientó históricamente dos subsistemas -probablemente mal designados en la literatura: el *binario tradicional*, blanco/colorado, y el *tercero ideológico*, formado a partir de los recurrentes desafíos al statu quo (que no siempre provenían de las izquierdas) y que en el siglo XIX se expresó a través de agrupamientos como el fusionismo, el principismo y el constitucionalismo.

Durante los últimos años, en especial los que sucedieron a la restauración democrática, se ha venido debilitando la potencialidad conflictiva de la clásica oposición blanco-colorado. A esta erosión de fronteras interiores de sistema de partidos han contribuido tanto las tareas de gobierno compartidas en régimen de coalición (o sus aproximaciones) por blancos y colorados, como también el común temor al

tercer partido cuyo desempeño electoral es percibido -razonablemente- como amenaza a una hegemonía histórica. La cuestión que me ocupa está vinculada a esta pregunta: ¿cuál es la Historia necesaria a partir de este giro político? Es muy probable que en la próxima instancia electoral se reactive la memoria bipolar y el panteón de cada partido, pero esa operación durará hasta la segunda vuelta, en la que por primera vez se enfrentarán los dos subsistemas.

Una lectura apresurada de la historia política podría conducir a pensar que muy pronto contemplaremos una nueva versión de la vieja competencia entre "partidos tradicionales" y "partidos de ideas", en este caso de izquierda. Si la dicotomía reposó siempre en una nomenclatura errónea, en esta ocasión ni siquiera llega a ser vagamente cierta o sugerente. Desde fines de la década del 80 blancos y colorados iniciaron un ciclo de destradicionalización, cambiaron los modos de vincular cada "nosotros" a su historia y a la historia del país; el Frente Amplio, por su lado, se ha venido transformando -contra lo que piensan y hasta desean muchos de sus dirigentes- en el más tradicional de los partidos uruguayos, en el más concreto reclamante/beneficiario del testamento del Uruguay clásico. Esta transición que tanto tiene de inversión de posiciones, "cambiará la Historia". O por lo menos ambientará relatos nuevos acerca de la peripecia política nacional.

Los últimos cuartos de siglo, del XIX y del XX, han sido momentos fundantes de la política uruguaya. En 1872, tras cruenta guerra civil, los orientales (como todavía se les llama en algunos lugares de la Argentina, no sé si con nostalgia o envidia de la pequeñez) inventaron un precario estatuto de convivencia política e interpartidaria llamado *coparticipación*. Renunciaron entonces a la eliminación recíproca y comenzaron, de ese modo, a cerrar el paso tanto a un régimen oligárquico como al gobierno hegemónico de un partido,

7 Este recurso a De Tocqueville me fue inducido por la lectura de Hanna Arendt en su colección de "ocho ejercicios de reflexión política" *Entre el pasado y el futuro* (1956), cap. 1. Barcelona, Península, 1996. La reflexión de De Tocqueville está inserta en su último capítulo de *La democracia en América* en el que propone "una visión general del asunto": "me gustaría abarcar con una última mirada los diversos rasgos que presenta la fisonomía de este mundo nuevo, y juzgar, en fin, la influencia general que ha de ejercer la igualdad en el destino de los hombres." Alexis de Tocqueville, *La Democracia en América*, Tomo 2, pp 277 y ss. Madrid, Alianza, 1985.

que suele ser variante de ese régimen.<sup>8</sup> Un siglo más tarde, en 1971, la creación del Frente Amplio comenzó a debilitar la plácida hegemonía binaria. Si la izquierda había ejercido dominio en el campo de algunos sectores de la sociedad organizada (y más aún, construía su identidad política desde una referencia societario-corporativa), de los intelectuales y la universidad, conquistó poco tiempo después posiciones ante la ciudadanía y el electorado y pudo mostrar su pericia en el oficio mismo de gobierno en la escala municipal. Tomada a la distancia, en larga duración, esta historia es la de la construcción de un tercer partido político que por una ley de desarrollo desigual construyó en 25 años (también luctuosos) lo que a los demás costó 150. A pocos meses del

año 2000 podría especularse acerca de una nueva reelaboración del estatuto coparticipativo, esta vez ampliado a las izquierdas y desde posiciones de gobierno. No es seguro, de todas maneras, que dicha ampliación termine reposando en la misma idea de la admisión recíproca que animó el precario estatuto de 1872.

### III

Este cruce de fenómenos nos ayuda a explicar algunos de los últimos cambios institucionales del Uruguay, en especial la reforma bastante radical de su Constitución. No es el tema de esta comunicación, pero conviene tener presente el siguiente esquema que ambienta el reformismo.

La reforma fue una respuesta de la elite política tradicional ante dos fenómenos concurrentes en la definición de un nuevo escenario político. Por un lado, la caída de la adhesión ciudadana a cada uno de los dos viejos partidos<sup>9</sup>. Este deterioro electoral ha sido también político y simbólico; viene convocando a refundaciones, promueve discursos nuevos acerca de la modernidad, rebaja la estatura de los antiguos conflictos entre las tradiciones blanca y colorada, eventualmente mancomunables (vía balotaje) ante el tercer partido. Por otro lado, casi simétricamente, el avance electoral y político del Frente Amplio, probable ganador como tercio mayor en tanto mantuviera relativamente estable su pauta de crecimiento, ha empujado a los restantes dos tercios a modificar las reglas de juego.

8 No es exagerado registrar aquel estatuto de coparticipación consagrado en la Paz de Abril de 1872, como un acto fundante de la poliarquía uruguaya. El politólogo Romeo Pérez Antón lo ha propuesto como camino de indagación que ha reportado buenos rendimientos, es verdad que más en el plano teórico que empírico. Por esa vía, las guerras civiles del final del siglo XIX pueden ser reinterpretadas como algo más que "años de odio" estéril o de "barbarie" prepolítica. En otro ámbito académico, cabe recordar que bastante antes de Robert Dahl, Richard Hofstadter, profesor de Columbia y de Cambridge, había explorado con lucidez en *la historia de la idea del sistema de partidos* en los Estados Unidos. Los fundadores de aquella república americana habían debutado en las tareas de gobierno autónomo con una fuerte convicción antipartidista, prevaleciente en la tradición angloamericana del siglo XVIII y que la práctica política posterior fue disolviendo. A fines de los años 60 Hofstadter buscaba el nacimiento de la idea de la oposición legítima como pivote del desarrollo democrático. En consecuencia, ponderó de un modo muy distinto -más "positiva"- la profunda crisis que vivió la primera república norteamericana. Cfr. Romeo Pérez Antón, "Cuatro antagonismos sucesivos: la concreta instauración de la democracia uruguaya" en *Revista de Ciencia Política*, n.2, Montevideo, ICP/FCU, 1988; Richard Hofstadter, *The idea of a party system*, Berkeley, 1969. He intentado reflexionar con esta perspectiva sobre el conflicto político del Uruguay entre 1896 y 1903 en José Rilla, "De cerca y de lejos" en Oscar Brando (coord.) *El 900. Literatura y sociedad. Historia crítica*. Tomo 1, pp.9-38, Montevideo, Cal y Canto, 1999.

9 Desde su fundación en 1971 el Frente Amplio fue siempre tercera fuerza, pero de las tres fue la que mostró mejor desempeño: creciendo a un ritmo anual del 2,2%. en el mismo lapso los colorados perdieron el electorado en 1.03% acumulativo anual, y los blancos en 1.11%. De los 130 legisladores de ambas Cámaras, blancos y colorados reunían 107 en 1971 y perdieron de manera constante hasta contar con 84 en 1994, fecha de la última elección nacional.

Este esquema rezuma una aritmética algo tosca, que generalmente no preside la acción política y resulta más visible *ex post facto*.

Para el historiador, en este caso más que para el politólogo, la pregunta pertinente está referida no tanto a lo que se dijo para justificar las decisiones sino a cuánto de lo que se dijo, se apoyó en una reinterpretación de la historia política del Uruguay. Dejemos a un lado fenómenos más generales y de mucho peso como la crisis de la política y de la función pública que parece signar a la democracia-contemporánea. Quiero sí poner el acento en al menos dos bases argumentales que evidencian una nueva relación con la historia, o mejor, una cierta ruptura con lo que ella habilita: el primero, el diagnóstico "pesimista", que alude habitualmente al desgobierno del país como curso natural de las cosas. El segundo, obviamente vinculado, la deserción bastante generalizada ante la idea de la historia del gobierno en el Uruguay como empeño de cogobierno entre los partidos.

Durante muchos años, en especial desde los 60, los críticos del sistema político venían de la izquierda (aunque subrepticamente, también desde la extrema derecha). El esquema de la crítica podría resumirse un poco burdamente de esta forma. Del siglo XIX merecía rescatarse apenas la "gesta artiguista" reinterpretada entonces en clave sociocéntrica y a veces clasista. Los bandos o partidos (meros "trapos sangrientos" escribió en 1855 Andrés Lamas, compañero de andanzas de Vicente Fidel López) habían sido los conductores de una Edad Media oscura y bastante inútil, hasta que "la larga espera" de aquella noche llegaría a su fin con la emergencia de la balbuceante modernidad, del proletariado, el movimiento sindical, los "partidos de ideas" y el batllismo como anticipación reformista. Las luchas de blancos y colorados, eran consideradas como disputas elitarias, meras pujas por la tierra y la aduana, a lo sumo como eficaces encubridoras del conflicto social. Salvo excep-

ciones, la izquierda no se reconocía en esas luchas del pasado uruguayo; a veces se reclamaba como un actor político y cultural apto para superarlas, para "salir de la prehistoria". Fue Artigas, que por razones de tiempo no había sido blanco ni colorado,<sup>10</sup> el que ofrecía mayores posibilidades a la izquierda para movilizar un pasado fundante de su identidad.<sup>11</sup>

En 1967, Germán Rama realizó una importante recopilación de testimonios acerca del funcionamiento del club político, "unidad de base" de los partidos uruguayos. El estudio preliminar es un ejemplo casi perfecto de esta visión pesimista. En "teoría", el club debía ser un instrumento de politización, de partidización, un vehículo de la democracia interna y de reclutamiento de intereses y liderazgos, de transmisión ideológica. En la "práctica" los años 60 habían devenido una perversión del dispositivo originario. El club servía al clientelismo y a la circulación de los "intereses privados"; era funcional a una política populista

10 Una primera versión de esta relación puede leerse en Gerardo Caetano y José Rilla, "De la Modernización a la República Conservadora", Montevideo, *Brecha*, 27 de febrero de 1987, recopilado más tarde en Fernando Pita, *Las brechas de la Historia*, Tomo 1, pp 96/7, Montevideo, 1996 Ed. Brecha. Ver asimismo Caetano-Rilla, "Izquierda y tradición. Un problema y su versión en Uruguay", en Caetano-Gallardo-Rilla, *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*. Montevideo, Trilce, 1995.

11 Si se me exigiera escapar de cualquier "originalismo" en la consideración de la política uruguaya habría que decir que la crítica antipartido tiene precedentes muy similares en las poliarquías más desarrolladas, en Francia, en Gran Bretaña y sobre todo en los Estados Unidos. En el siglo XVIII se imputó a los partidos el haber creado un conflicto artificial destinado a destruir la "armonía natural" de la comunidad. A mediados de la centuria siguiente, la acusación refería a los gobiernos corruptos y centralizados que habrían sido posibles gracias a los partidos. En los años 60 del siglo XX la crítica volvía a reposar en la "falsedad" del dispositivo en tanto los partidos ofrecían al electorado un conflicto superficial, encubridor de los conflictos "reales" de la sociedad.

"desideologizada" propia de una "burguesía nacional" carente de "proyecto nacional".

"Una sociedad que consideraba el desarrollo como un hecho y no como un proyecto -sostenía Rama-, que tenía consenso y negaba las clases sociales, necesariamente se transformó en una sociedad despolitizada en la cual la forma más frecuente de la acción social era la presión sobre el sistema político convertido más que nada en árbitro. Los grupos de la clase alta declaraban su aceptación del sistema -sin presentar una ideología discrepante- y utilizaban su poder económico o su inserción en el propio sistema de partidos tradicionales para ejercer presiones cada vez mayores que redundaran en medidas que les permitieran mantener poder e ingresos y luego descargarse de la crisis. (...) Un fenómeno derivado de la transformación de la acción social en juego de presiones fue la atomización y pérdida de los últimos contenidos políticos en los partidos tradicionales."<sup>12</sup>

Treinta años más tarde, y sin que el pronóstico anterior perdiera toda su vigencia y persuasividad, la crítica de la política uruguaya ha provenido de los propios partidos tradi-

cionales, portadores y presuntos beneficiarios del trayecto.<sup>13</sup> ¿Qué de nuevo han aportado al diagnóstico? Sostuvieron con insistencia que los partidos habían caído en abusiva fraccionización, que el sistema de partidos se había deslizado a la fragmentación, que el régimen electoral (en particular a través del doble voto simultáneo, *leitmotiv* de la crítica de la izquierda) reforzaba como nunca antes ambos procesos, engañaba al electorado y entregaba al país al desgobierno. Se ambientó de este modo la justificación para implantar una pauta mayoritarista (gobiernos "mas fuertes", presidentes con 50% mas uno, etc.) bastante ajena a la negociada historia institucional uruguaya y formalmente algo cercana a la trama argumental con que la dictadura militar justificó sus arrebatos antipartidistas.

Importa poco el hecho de que sobre todos estos cargos imputados no hubiera clara evidencia<sup>14</sup>; importa mucho más, para nuestro tema, que los partidos se deshacían por esa vía de una buena porción de su historia, que se comprometían en un desencantamiento formidable y grávido, que re-leían la historia reciente para cambiar la futura. Menciono una sola muestra de este despiste. Desde la segunda posguerra y hasta el golpe de Estado de 1973, el sistema político uruguayo se sostuvo en sus partidos y en la capacidad que ellos tuvieron para la cooperación y el cogobierno,

*profesionales. Todos estos sectores aportaban al Frente. Y eso ya no existe más. El Observador*, Montevideo, 10 de abril de 1999, p. 4. "Otras elecciones y otro Uruguay".

12 Germán W. Rama, *El club político*, Montevideo, Arca, 1971, pp.7-38. Las entrevistas a los dirigentes de clubes fueron realizadas en 1967 y el estudio preliminar está fechado en 1970. El texto de Rama es una importante contribución al tema de las funciones no políticas de los partidos, pero en tanto reconstrucción interpretativa de la política uruguaya es comparable en su "pesimismo" a textos como el de Oscar Bruscherà, *Los partidos tradicionales en el Uruguay*, Montevideo, 1966, Ed. Rio de la Plata. En una línea divergente, aunque no necesariamente "optimista" puede identificarse lo escrito por Aldo Solari en la misma década del 60.

13 Jorge Batlle lo decía de este modo pocos días antes de ganar la interna de su partido en abril de 1999: "Antes la izquierda le criticaba con razón a los partidos tradicionales muchas actitudes indeseables surgidas a raíz del sistema instituido por la Constitución de 1950, que trajo la coparticipación que deterioró a los partidos históricos e hizo que no fueran atractivos para los jóvenes, los intelectuales y los

14 En 1991 Carlos Pareja escribió un esclarecedor trabajo sobre el parlamentarismo en el que incluía un capítulo de afortunado y pertinente título: "El enfermo imaginario y sus terapéuticas". Ver Carlos Pareja, Martín Peixoto, Romeo Pérez Antón, Gerardo Caetano (editor), *La alternativa parlamentaria*, Montevideo, 1991 CLAEH/ECS, pp.135 y ss. En la misma perspectiva ver D.Buquet-D.Chasquetti-J.A.Moraes, *¿Un enfermo imaginario? Fragmentación política y gobierno en Uruguay*, Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo, 1998.

además, obviamente, del conflicto. Entre otras cosas esto quiere decir que el segundo partido hizo siempre mucho más que oponerse y "esperar el turno" como en los bipartidismos clásicos.<sup>15</sup> Se dirá que aquella historia de cooperación terminó mal, en la dictadura, pero debe también reconocerse que la transición desenvuelta desde 1984, que tantas cosas restauró del Uruguay clásico, devolvió sin demasiada complacencia al sistema de partidos a la pauta cooperativa, la misma que había matenido al Uruguay lejos del desgobierno "estructural" y de la improductividad política.

El cogobierno y la coparticipación, virtudes ocultas de la política uruguaya podrían haber conducido a la dirigencia política a optar por una reforma que desarrollara esas potencialidades, que profundizara en esas tradiciones. En tal caso la brújula los habría orientado, por lo menos, a no reforzar el presidencialismo.

#### IV

Quiero declararme conciente de que una política sin historia haría justicia con el *nominalismo* más estricto, probablemente equivocado en ese extremo aunque muy útil para pensar estos temas. Como alguna vez lo declaró Georges Duby, como lo escribió antes Arthur Danto,<sup>16</sup> la historia no existe más que como narración, sobre todo como acción de

un narrador; es reconstrucción interesada de una masa de hechos sucesivamente preguntados, "exprimidos", transformados siempre en contemporáneos.

No creo necesario comprometerse con esta epistemología para estar de acuerdo en que en el Uruguay la élite política está practicando una deserción ante cierta historia que habilitaba a una buena -o a una tanto mejor- versión de sí misma. Si se confirmara el divorcio entre pasado y presente habría que declarar la obsolescencia de la historia, del "capital" de sentidos acumulado en el tiempo uruguayo; o menos dramáticamente, buscar los caminos para un encuentro distinto con el pasado. Estoy lejos de cualquier sugerencia normativa al respecto y en todo caso, existen buenas condiciones para recorrer ese camino en el que afortunadamente los historiadores no tienen el monopolio del saber.

Tal vez no sea este un proceso muy original si se lo coteja con el "desencantamiento" que ha venido acompañando a la (pos)modernidad política.<sup>17</sup> Para los partidos uruguayos la próxima elección nacional operará como una "hora de la verdad" con tonos dramáticos. Según algunos -entre los que cabe contar al actual presidente Sanguinetti - el nuevo esquema institucional permitirá "finalmente" una disputa entre "familias ideológicas" en la que

15 Un acercamiento a la historia del gobierno uruguayo durante la segunda posguerra como una experiencia de cogobierno en puede leerse en Gerardo Caetano-José Rilla, "El gobierno como cogobierno. Relaciones interpartidarias y gestión de gobierno en el Uruguay, 1942-1973", Montevideo, FCU/ICP, 1999 (en prensa).

16 Arthur Danto, *Analytical Philosophy of History*, Cambridge, 1965. Los capítulos I, VII y VIII pueden leerse en español en A. Danto, *Historia y narración*, Barcelona, Paidós, 1989. Georges Duby, *Diálogo sobre la Historia*, Madrid, Alianza, 1988.

17 Volvamos a la referencia norteamericana. Después de la Segunda Guerra Mundial los políticos demócratas y los intelectuales afines a ellos se plantearon el tema del presente como continuidad-realización del pasado y advirtieron condiciones para la ruptura. Es lo que el historiador socialista R. Hofstadter veía en F.D. Roosevelt: la capacidad de percibir el "fracaso de ciertas tradiciones", la necesidad de innovar aún sin "romper con la fe heredada". En tanto los EEUU asumían "mayores responsabilidades mundiales" era imperioso "remozar nuestra perspectiva sobre el pasado." Ver R. Hofstadter, *La tradición política americana*, (1964), p. 11 y ss. Barcelona, Seix Barral, 1969.

las viejas divisiones de blancos y colorados cederían el paso (otra vez) a la "verdadera contradicción".<sup>18</sup> Para la izquierda nucleada en el Frente Amplio será el enfrentamiento entre "progresistas" y "conservadores".<sup>19</sup> Para otros un poco más pragmáticos parece evidente que quien aspire a ganar la elección deberá ser más respetuoso de la tradición del socio para la segunda vuelta que de la propia. Esto es, buenos candidatos, hijos dilectos de la tradición blanca o colorada, terminarán siendo por esa filial razón malos candidatos para la tradición colorada o blanca, respectivamente. Esto pensaba a un año de la elección interna Alberto Volonté principal socio de la coalición de go-

bierno y confiado en los réditos electorales del coalicionismo:

"A un sector de los ciudadanos de izquierda votar al Partido Nacional con candidatos de Manos a la Obra no le va a crear mayor problema.(...) hemos tenido una política muy transparente a la hora de definir nuestra posición respecto a las empresas del Estado y esto es vital para el votante de izquierda.(...) tenemos una posición franca, abierta, de excelente diálogo con los sectores gremiales, y el izquierdista ve con buenos ojos al hombre conciliador y tolerante, que está dispuesto a cruzar todas las fronteras con tal de que ello no signifique transgredir sino acercar."<sup>20</sup>

Vuelvo a mi pregunta: ¿cuál es la historia necesaria para estas nuevas divisiones de aguas? Qué le dice, qué referencias y lenguajes de identificación le aporta hoy a los partidos la historia por la que se reconocían y se enfrentaban hasta ayer, ante la cual, incluso, eran responsables? Creo que la teoría de las "familias ideológicas" o la que con demasiada comodidad opone "progresismo" y "conservadorismo" no son fácilmente reconocibles en la historia política del Uruguay. En todo caso ella debería ser reescrita con ese prisma. Todos los partidos, aunque en grados distintos, pueden ofrecer un fondo liberal, pues han sido, en verdad y bien a su modo, acentuaciones distintas del liberalismo; todos guardan en su panteón al "conservador" y al "progresista", al aliadófilo y al neutralista, al protector y al librecambista, al católico y al agnóstico, al estatista y al privatista, al mercosuriano y al escéptico... Las diferencias existen, pero su comprensión deriva de una hermeneútica compleja.

La agitación de la idea de las familias ideológicas supone, por lo menos, una relectura del pasado. Y si atenúa la dialéctica blanco-

18 La noción de "familias ideológicas" puede profundizarse a partir de las observaciones de Panebianco sobre los "prejuicios sociológico y teleológico" habituales en el examen de los partidos; Angelo Panebianco, *Modelos de partido*, Madrid, 1990, Alianza, pp 30 y ss; Ver también Stefano Bartolini "Partidos y sistemas de partido" en G. Pasquino et alli, *Manual de Ciencia Política*, Madrid, 1993, Alianza Universidad, pp. 217 y ss. Luis E. González ha referido al tema en *Estructuras políticas y democracia en Uruguay*, Montevideo, 1993, FCU, cap. 6, pp 129 y ss. Se apoya, entre otras, en las observaciones y mediciones de Giacomo Sani y Giovanni Sartori.

19 Esta simplificación-"depuración" del mapa ideológico y partidario reconoce antecedentes en la tradición de la izquierda. Carlos Quijano escribía con el mismo criterio de "los verdaderos dos partidos"; Liber Seregni, en un célebre discurso en el Cilindro Municipal previó la desaparición de uno de los partidos tradicionales, el partido Nacional. Más recientemente en la Argentina el politólogo Torcuato de Tella ha previsto un similar trayecto (en verdad, bastante más tosco y clasista) de simplificación ideológico-partidaria: "La Argentina está destinada a seguir el camino de los países de mayor desarrollo (...) como los del sur europeo. En todos los casos hay lugar para solo dos grandes coaliciones político ideológicas: el partido o la coalición de la derecha, o sea el empresariado, y el partido popular, o de los sindicatos y la intelligentsia. En Chile eso ya existe; en Uruguay está en camino y en partes de Brasil como San Pablo, también". *Clarín*, Buenos Aires, 15 de agosto de 1999, Suplemento Zona, /Izquierda y Derecha.

20 *Búsqueda*, Montevideo 23 de abril de 1998, p.4 "Volonté dijo ser el único blanco capaz de captar votos colorados y frenteamplistas".

colorado, también deriva en consecuencias para el tercero: la familia cierra un círculo, construye un imagen del que no está dentro de ella como un enemigo; en concreto, marxistiza al Frente Amplio. La referencia electoral es a menudo un punto de partida para justificar a la familia. Así lo establecía un dirigente colorado:

*"La segunda vuelta da oportunidad de reflexionar y elegir por familia ideológica sin vivir en el albur de que un partido con poco más de un tercio obtenga la victoria de un candidato que en su seno a veces no representa ni la mitad".*<sup>21</sup>

En similar sentido se expresaba desde la localidad de Vergara el candidato colorado, Luis Hierro:

*"colorados y blancos hemos escrito con nuestro pensamiento y con nuestra sangre la historia de la República. Seguramente podremos contar unos con otros en los futuros gobiernos y (...) en el balotaje."*

El presidente Sanguinetti, que acaricia la idea por lo menos desde 1995 la fórmula más bien desde un razonamiento histórico. Durante un homenaje a José Batlle y Ordóñez organizado en Maldonado, Sanguinetti expresó que don Pepe Batlle había sido un "revolucionario" "fundador de la democracia moderna uruguaya". Más adelante en su discurso ubicó al caudillo blanco Aparicio Saravia en un nivel similar al de Batlle y Ordóñez, y dijo que la síntesis del país soñado por el presidente nació

*"de esa lucha, de esa controversia, de esos años de forja salió este Uruguay tolerante, democrático, constructivo y progresista que sigue alentando el espíritu y el alma de todos nosotros".*

Según Sanguinetti, enterado Batlle de la muerte de Saravia en Masoller comentó: "*Pensar que era un gaucho bueno*"<sup>22</sup>.

En el campo nacionalista, ilustra bien el acompañamiento -con matices, es cierto- a este llamado a "la familia" un editorial del diario "El País" escrito un mes antes de las elecciones internas y titulado precisamente "Las Familias Ideológicas":

*"(...) en ninguno de los partidos tradicionales anidan tendencias de filiación antidemocrática, como lo han sido comunistas y tupamaros por ejemplo alcanzaba para poner de manifiesto la profundidad de la brecha que separa a las colectividades históricas de la izquierda.(...) Blancos y colorados se han distinguido históricamente -y se distinguen- como colectividades cuyo antagonismo puede no ser permanente, admitiendo ocasionalmente hasta la coincidencia entre sí, pero ello no les concede otro vínculo de parentesco que el de la comunidad de patria y de sangre, lo cual sin ser poca cosa no es lo que los separa del Frente. Es que esa afinidad que les da a los partidos tradicionales su origen común, la historia es la que la ha entroncado en la naturaleza de las cosas. No es solo compartir el mismo pensamiento liberal, el concebir la dialéctica política como un ejercicio de afirmación de la convicción en la razón propia pero al mismo tiempo de respeto y tolerancia por la*

22 Ver *El Observador*, Montevideo, 15 de agosto de 1999: "Sanguinetti recordó a Batlle y a Saravia". La versión de la historia de la democracia uruguaya del presidente Sanguinetti contiene supuestos más que discutibles. Lo más llamativo es, de todas formas, el silencio del Partido Nacional que tanto tiene para decir de esa misma historia que puede incluso remontar a treinta años más atrás que los de la concreta lucha entre Saravia y Batlle. (Digo de paso que similar es el silencio incondicional de los nacionalistas con respecto a trayectos como los de José P. Varela, situado en las antípodas de "lo blanco" y de la política partidaria en general.

21 *Búsqueda*, Montevideo, 18 de febrero de 1999, p. 9.

*ajena, el rechazo visceral a la violencia en todas sus formas como método de acción*".<sup>23</sup>

Preguntados por su decisión de voto en el caso de un balotaje entre el Frente Amplio y el Partido Colorado, varios dirigentes nacionalistas se definieron -antes y después de las internas partidarias- por el partido Colorado. Luis A. Lacalle argumentó desde las "*profundas diferencias filosóficas*" con la coalición de izquierda<sup>24</sup>; la Dra. Analía Piñeyrúa fue aún más consistente con nuestra reconstrucción: "*Yo voto al partido colorado porque creo en las familias ideológicas*"<sup>25</sup>

V

Con todo, no debe suponerse que en el corto o mediano plazo los partidos tradicio-

nales expresarán distancias o matices sólo como tensiones adentro de una misma familia ("*barrios*", dirá Tabaré Vázquez en referencia a la Mafia) y de hecho, la larga campaña electoral del último año ha vuelto a poner en la escena a los perfiles distintivos de cada partido. Repasemos pues la contracara de esta mancomunidad y el modo como se han ubicado más recientemente los partidos en relación a su propia historia.

En el caso del Partido Nacional fue el Dr. Lacalle quien más claramente mostró y apeló a la definición política como expresión de una continuidad histórica.<sup>26</sup> Con sus discursos y declaraciones es posible recorrer los tópicos clásicos del nacionalismo, teñido obviamente por el herrerismo genuino pero a menudo generalizable a la colectividad toda. Lacalle se ofrece como vástago del oribismo; como su abuelo, interpreta el "ser nacional" en términos de síntesis, reivindica un "estilo político" directo, reinterpreta viejas tensiones del Partido Nacional, concibe la acción política como construcción de instituciones.

Apenas dejado el sillón presidencial Lacalle reflexionó en marzo de 1995 sobre la historia partidaria y el poder, sobre lo blanco y lo colorado:

*"Yo por mi parte soy un oribista ferviente, como lo fue Luis A. de Herrera (...). Herrera se fue oribizando porque tenía una gran capacidad de cambio. Si hay algo oribista es la política exterior preconizada por Herrera a la cual desembarca a través de Oribe. Para mí Oribe es el partido. La figura de Aparicio ha sido mas aceptada porque la coyuntura política determinó, en cierto momento, que su*

23 *El País*, Montevideo, 20 de marzo de 1999, "Las familias ideológicas". Los matices de *El País* están referidos a cierto celo de la "identidad blanca" amenazada por la idea de "familia": "*La expresión de cuño presidencial -decía el mismo editorial- si no equivocada por lo menos no nos resultó feliz particularmente a nosotros, los blancos*".

24 En un contexto significativamente diferente pero con el mismo criterio de discriminación Luis A. Lacalle habló a un grupo de militares en mayo de 1998. Respondía entonces, tácitamente, a un documento militar de la *Legión e los Tenientes de Artigas* que predicaba la "*equidistancia de las Fuerzas Armadas con el Frente Amplio y los partidos tradicionales*". Ante tales definiciones Lacalle alegó no creer "*en la teoría de la equidistancia*": "*no es posible que se equivalgan, respecto del espectro político nacional todas las fuerzas en un mismo plano de igualdad (...). Sabemos que hay determinadas posiciones políticas y filosóficas que son contrarias a la esencia de la nacionalidad y, por lo tanto, no pueden ser equivalentes a otras que son fortalecedoras, culturas y creadoras del espíritu nacional.*" Ver *Búsqueda*, Montevideo, 28 de mayo de 1998, p. 4.

25 Declaraciones de Ana Lía Piñeyrúa al periodista Mauricio Almada de radio *Nuevo Tiempo*, 8 de julio de 1999. Juan A. Ramírez se mostró entonces expresamente en contra de la idea de las familias ideológicas. Ver *El Observador*, Montevideo, 13 de marzo de 1999/Ramírez descrece de las familias ideológicas.

26 En el año 1995 el Dr. Lacalle escribió para el diario *El País* una serie de artículos (luego reunidos en un folleto) titulada "*La refundación de los partidos*". A su juicio, la vida partidaria había perdido vigencia en beneficio del cálculo electoral, por lo que se imponía con urgencia una tarea de refundación. El Parlamento era un reflejo fiel de aquel descaecimiento.

*imagen de guerrillero y rebelde, su dimensión trágica de héroe perdedor, le llevara a se exaltado en canciones, libros, artículos. Pero yo soy oribista porque Oribe es el poder".*

Inquirido por los "elementos esenciales del ser nacional" de "los uruguayos" Lacalle responde:

*"Orientales -rectifica-. Somos distintos a otros pueblos porque hemos creado las condiciones para generar un ser humanos que tiene perfiles propios que provienen básicamente de la escuela pública y de los partidos políticos. (...) Curiosamente, los grandes "abridores" del sistema uruguayo para los que venían de afuera, fueron Batlle y Herrera, dos patricios del establishment antiguo. Batlle integrando a los inmigrantes en Montevideo, y Herrera integrando al sistema a un partido que en el fondo no quería pelear sino seguir peleando, cumplen el milagro de forjar la paz y la estabilidad en el siglo XX."*<sup>27</sup>

Lacalle también se ofrece como continuidad de un estilo de liderazgo político que no sólo es familiar (Luis A. de Herrera) sino también sectorial (el Herrerismo enfrentado al Nacionalismo Independiente). Su retórica busca la metáfora, se afana en el símil campero, quiere lucir llano, directo, cercano. Jamás abomina de la acción política. En una gira política por Sauce, previa a las elecciones internas se mostró *"orgulloso de no ser un "inventado" ni un "cajetilla metido por la ventana a ver si puede obtener posiciones políticas"*. Una de las funciones del partido es ser *"palenque para que el ciudadano se recueste: "yo reivindicó esa forma de hacer política porque me enseñaron a hacerla desde chico y porque sé*

*de la importancia de ser el hombro en el que un compatriota venga a sostenerse en un momento de pena, cuando se necesita la gauchada, la mano amiga que lo saque del paso.(...) ¿Quién no recuerda en Canelones a Bari González"?*<sup>28</sup>

En referencia al conflicto histórico con el Nacionalismo Independiente, el expresidente Lacalle lo presentó a menudo como actualizado o reavivado en la lucha electoral de los nietos:

*"Parece mentira: dentro del Partido se repiten los distintos matices y las diferencias. Los sectores doctorales, los sectores de intelectuales, los que creen que todo lo saben, y nosotros, que en una época fuimos llamados por ellos mismos "la chusma herrerista de alpargatas". (...) /La experiencial, como decía el doctor Herrera, eso no se compra en la botica. Eso se tiene y se gana con años, con años y con años. (...) Claro, si uno anda por el hormigón, se queda por la mitad del asunto"*<sup>29</sup>.

\*\*\*

El partido Colorado también se ha presentado como portador de algunas continuidades, buena parte de ellas asociadas a su condición de partido de gobierno. En los discursos oficiales, en la prédica intrapartidaria, el partido Colorado es crecientemente identificado con la versión uruguaya de la modernidad, con el batllismo al que todos los sectores se remiten, con la "responsabilidad tradicional" de gobierno, con la "serenidad" en tiempos de zozobra, de "estabilidad" en contextos de exógena incertidumbre. Algunos líderes incluso llegaron a remitir a "la clase media" como olvidado

27 Luis A. Lacalle en el llano. *"Soy un vitalista que no conoce la media máquina"* Entrevista de Lincoln Maiztegui, *Posdata*, Montevideo, 1o de marzo de 1995, pp.22, 24. Otras reflexiones acerca del oribismo, el saravismo y el herrerismo pueden leerse en Lacalle, entrevista de Alvaro Barros Lemez, Montevideo, MonteSexto, 1992, pp.76 y ss.

28 *Búsqueda*, Montevideo, 20 de agosto de 1998, p.13. El expresidente afirmó no estar dispuesto a agregar "ni una astilla más al fogón de las preocupaciones del Partido Nacional".

29 *Búsqueda*, Montevideo, 18 de febrero de 1999, pp 4-5. "Lacalle observa un replanteo de las diferencias históricas...".

referente del batllismo y a las marcas estatales- societarias.

El aroma es a veces fuertemente socialdemócrata, como cuando en ocasión de la disputa por la candidatura del Foro Batllista a las elecciones internas el senador Hugo Fernández Faingold hablaba de la continuidad de "tres ciclos reformistas" de la historia del Uruguay, el batllista, el batllebersita y el sanguinettista:

*"Debemos defender a la clase media frente a quienes dicen que lo importante es hacer bien los deberes, cumplir ciertas reglas de la economía y que lo demás puede venir solo". (...) Tenemos que asumir como batllistas la construcción de una nueva mecánica de coexistencia entre el pequeño comerciante y las grandes superficies comerciales. (...) Queremos un Estado que sea capaz de cumplir sus funciones como garante de los equilibrios sociales, (...) Tenemos que defender a los humildes, a los más débiles de la sociedad, a los pobres y a los marginados, tenemos que incorporarlos al gran torrente de la sociedad uruguaya"*<sup>30</sup>

El presidente Sanguinetti, menos académico y más político prefiere observar la continuidad en términos más universales, al batllismo como una expresión viva de la peripección global del liberalismo. El 22 de junio de 1999 reunió en el Edificio Libertad a la Agrupación de Gobierno del Foro Batllista (legisladores, ministros, directores de entes autónomos) para reivindicar la "solución reformis-

ta" del "viejo Estado" uruguayo y recordar que en el campo ideológico el gobierno reflejaba "la primera vía" que trazó a comienzos de siglo José Batlle y Ordóñez:

*"Ahora que se habla tanto en Europa de la tercera vía política, en Uruguay la "primera vía" está hecha sobre las mismas bases que hace 90 años y se llama batllismo. (...) entre el proceso de privatización de otros países y el statu quo del viejo Estado, hemos optado por una solución reformista de ese viejo Estado con responsabilidad social"*.<sup>31</sup>

\*\*\*

Sin perjuicio de su transformación más reciente en un partido de "nuevo tipo"<sup>32</sup> el Frente Amplio mantiene ciertas referencias configuradoras de su imagen que suponen -a la vez- una relación determinada con la historia. El Frente Amplio nació como respuesta desigualmente explícita a un doble desafío, el del autoritarismo pachequista y el de la guerrilla tupamara, que era de izquierda pero que no lucía respetuosa de las reglas democráticas. Ello no parecía muy "grave" en la medida que la democracia no se constituía, entre 1968 y 1973 como el asunto central del debate político o de la preocupación ciudadana. De tal punto de partida derivó una ambigüedad que el Frente nunca pudo o quiso resolver y que en ciertas oportunidades le ocasionó costos políticos y electorales<sup>33</sup>. Las reservas a la

30 *El Observador*, Montevideo, 14 de agosto de 1998, p.6. "Defensa de la clase media". El precandidato forista criticó la "revolución conservadora" de Margaret Thatcher; *Búsqueda*, 20 de agosto de 1998, p.12. F. Faingold situó al batllismo como una alternativa a la "revolución conservadora y a los que hicieron turismo socialista. El Dr. Ramón Díaz reaccionó casi de inmediato ante esta versión del batllismo, a su juicio más indulgente con la izquierda que con la derecha. Ver, *El Observador*, Montevideo, 29 de agosto de 1998, p. 12, "¿Qué es un batllista?"

31 *Búsqueda*, Montevideo 24 de junio de 1999, p. 63. "Sanguinetti llamó a autoridades y legisladores foristas a defender la institucionalidad ante la acción de grupos no democráticos".

32 El concepto ha sido manejado por Jorge Lanzaro en "La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno" en *Nueva Sociedad* N° 157, pp.154-165, Caracas, setiembre de 1998.

33 El episodio del Hospital Filtro ocurrido en agosto de 1994 es un buen ejemplo de ambigüedad, en este caso fatal: los dirigentes frentistas asistiendo a la marcha en favor de los terroristas vascos, comprometiéndose con la tradición guerrillera del Frente y al mismo

"democracia formal" no han sido definitivamente abandonadas y lo más curioso es que han recuperado cierto vigor en boca de un dirigente no frentista de origen nacionalista, hoy integrante de la fórmula presidencial de Tabaré Vázquez:

*"En Uruguay -decía Nin Novoa en agosto de 1999- la democracia lamentablemente no es para todos. La democracia en la definición estricta de la palabra, la democracia social no alcanza a todos los uruguayos.(...)La política económica de este gobierno se ha caracterizado por generar algo nunca visto: una democracia excluyente. (...) No hay democracia que se sustente solo en la libertad; tiene dos componentes, la libertad y la igualdad."*<sup>34</sup>

La segunda referencia con implicaciones en la memoria histórica tiene relación con la convocatoria societario-corporativa que han formulado el Frente Amplio y más generalmente el conjunto de las izquierdas. Aquí parecen registrarse ciertas novedades vinculadas a los cambios radicales operados en los sectores laborales de la industria y el comercio, a la relación clásica con los "intelectuales" y de éstos con la política<sup>35</sup>. Cabe pues concluir que

la apelación frentista ha comenzado a ser más societaria indiferenciada que corporativa institucionalizada (según las fórmulas de 1984, decía entonces el Gral. Seregni: el Frente "*es la Cnt y la Feuu, es D'Elía y Arana*"); es decir, de estar fuertemente orientada a interactuar con los grupos del "trabajo" y del "saber", a desplegar una convocatoria mucho más amplia, aunque a partir de su condición de "partido de los pobres" y de los "marginados" por la transición económica y productiva. El Frente Amplio nunca fue, en un caso u otro, un partido de clase, aunque muchos de sus miembros hayan pensado la acción política en términos clasistas. Ahora agrega sectores a la noción de "pueblo" tradicionalmente manejada. Al "trabajo" se le ha sumado el "capital":

*"También los productores rurales -decía Alberto Couriel en una gira política por el Interior -sienten que el Frente Amplio es el único que los puede salvar porque también ya empiezan a tener problemas de empleo (y) los comerciantes e industriales empiezan a sentir que el Frente es el único que los puede representar. (...) La Iglesia Católica saca un documento y dice exactamente lo mismo que el Frente Amplio."*<sup>(36)</sup> *Quiere decir que este es un*

tiempo, apenas unos meses antes de las elecciones, enajenando el voto de muchos electores indecisos.

- 34 *Búsqueda*, Montevideo, 19 de agosto de 1999, p.4. "Nin Novoa dijo que los uruguayos tienen derecho a dudar de su democracia formal porque es excluyente".
- 35 En una entrevista realizada en marzo de 1997 se le preguntó a Tabaré Vázquez "¿no le inquieta que el Frente Amplio esté perdiendo una capa de intelectuales a quienes se les eriza la piel, al decir de Hugo Cores? No, -respondió-, no estamos perdiendo. Al contrario estamos ganando. La capa de intelectuales o de no intelectuales que vivía en esa situación ya no está en el Frente Amplio. Hubo valiosos -siguen siendo valiosos- profesionales, hombres políticos y ciudadanos que dejaron de ser frenteamplistas. Pese a eso el Frente Amplio siguió creciendo.(...) Yo creo que simplemente es una tarea de clearing o como quiera llamarlo. De clarificación". *Búsqueda*, Montevideo, 13 de marzo de 1997, p. 10. "Vázquez obser-

vó un clearing de intelectuales...". Líber Seregni reflexionó también sobre el punto en ocasión de la fundación del Centro de Estudios Estratégicos 1815 que preside. En su opinión los intelectuales se habían "apartado" porque se sentían "rechazados por ciertas rigideces de los aparatos partidarios en lo que tiene que ver con el estudio y la programación. (...) A esa gente hay que rescatarla para el proyecto nacional". Ver, *Líber Seregni funda el Centro de Estudios Estratégicos 1815*, entrevista de Emiliano Coteló, 17 de junio de 1997, Radio *El Espectador*; edición internet, p. 8.

- 36 La Iglesia Católica y su arzobispo Nicolás Cotugno se habían mostrado muy activos en la definición de críticas a la política del gobierno en materia de empleo, pobreza, derechos humanos y educación. Cotugno apoyó su cuestionamiento al modelo educativo en la influencia a su juicio perniciosa de José Pedro Varela y José Batlle y Ordóñez. En este aspecto, el Frente Amplio mostró rápidamente sus reser-

*movimiento político que está cerca de la gente, que está cerca del pueblo.*"<sup>37</sup>

Las consecuencias de estas transiciones en lo que refiere a nuestro tema son variadas. El "partido de los pobres" puede ser el de todos, frentistas, blancos y colorados desencantados del Uruguay de fin de siglo y nostálgicos del neobatllismo: "estamos viviendo en las ruinas del país que nos dejaron nuestros padres y nuestros abuelos, según Tabaré Vázquez.

En referencia a la memoria histórica el Frente Amplio ha devenido el más *catch all* de los partidos uruguayos, cultor de un sincretismo que, de todas maneras, como ha sido tradicional, encuentra su cumbre referencial en Artigas y el artiguismo.

Véase primero el sincretismo a partir de estas expresiones cada vez más frecuentes de Tabaré Vázquez:

*"Si vamos a un balotaje, en esta fuerza política va a haber blancos y colorados porque esta es una fuerza abierta a todos los uruguayos. Yo siento un gran respeto por Wilson y estoy seguro que si hoy Wilson estuviera vivo -con mucho respeto para todos los uruguayos y especialmente para el Partido Nacional- estaría con las fuerzas progresistas de este país. Y también estoy convencido que don José Batlle y Ordóñez, si hoy estuviera vivo -con todo respeto para todos los uruguayos y a los colorados en particular- estaría con el pensamiento progresista él también"*<sup>38</sup>

vas con el prelado, en consistencia con la tradición de la izquierda uruguaya. Según el diputado socialista Guillermo Alvarez, el discurso de Cotugno podría ser vinculado al "progresismo", pero no claramente al "izquierdismo" o al "frenteampplismo": "discrepo con respecto a la valoración sobre Varela y Batlle y Ordóñez". Ver *Búsqueda*, Montevideo, 19 de agosto de 1999, p. 5.

37 *Búsqueda*, Montevideo, 12 de agosto de 1999, p. 10

38 *Búsqueda*, Montevideo, 11 de marzo de 1999, pp. 8-9. "Wilson y Batlle votarían hoy a las fuerzas progresistas si estuvieran vivos".

El secretario de la central sindical uruguaya Eduardo Pereira aportó en una entrevista algunas claves de este resorte batllista en la convocatoria del Frente Amplio:

*"Nosotros trabajamos para que la conciencia de la gente se eleve y pueda discernir quiénes defienden sus intereses en lo sindical y también en lo político, y que si sus intereses no están identificados por los partidos tradicionales, bueno...que voten cambios. (...) El movimiento sindical ha tratado de preservar un Estado, lo que se conoce como el "Estado batllista" que hoy tratan de barrer los propios batllistas. (...) Antiguamente, los gobiernos del Partido Colorado accedían a reclamos de los obreros (...). Nosotros apostamos a que el señor Presidente todavía mantenga lo mejor del batllismo."*<sup>39</sup>

Con respecto a la referencia artiguista cabe ante todo tener en cuenta que muchos dirigentes frenteampplistas (al igual que muchos ciudadanos) toman contacto con Artigas no tanto a través de los historiadores profesionales sino sobre todo a través de las exitosas y abusivas simplificaciones de Eduardo Galeano que ofrecen, de cualquier manera, narraciones más persuasivas para momentos de desencanto.<sup>40</sup>

En 1993, en ocasión del primer gobierno municipal del Frente Amplio, se discutió públicamente una reforma de la política imposi-

39 *Búsqueda*, Montevideo 10 de junio de 1999, p.18. "Al movimiento sindical y a los trabajadores les va la vida en que haya cambios...".

40 Es probable que esto haya cambiado en el caso de Tabaré Vázquez si examinamos algunos discursos que hacen mención a Artigas y el artiguismo. Así por ejemplo, en el año 1992 Vázquez leyó una evocación de Artigas en el Cabildo de Montevideo en la que si bien mantuvo la interpretación de los hechos se inspiró varias veces en historiadores como Pivel Devoto, Halperin Donghi y José Pedro Barrán, autor este último de la imagen de Artigas como *conductor -conducido* que Vázquez acuñó entonces. Ver, *Presidencia del Encuentro Progresista-Frente Amplio, Discursos del Dr. Tabaré Vázquez*, pp.51-58, Montevideo, 1999.

tiva de Montevideo a partir de una nueva -y finalmente frustrada por la oposición parlamentaria- organización catastral de la propiedad capitalina. En su discurso inaugural en la Plaza Lafone el 15 de febrero de 1990, Tabaré Vázquez había remarcado la inspiración de su reforma en la máxima "artiguista" de "que paguen más los que tienen más". Para apoyar sus afirmaciones incluyó una cita de Eduardo Galeano que narraba un episodio del proceso artiguista y suponía un modo muy concreto de interpretar los conflictos políticos que podían presagiarse. Leyendo a Galeano (que con su cuadro de la "revolución social" artiguista pondría rojo de envidia a Emiliano Zapata, cuando no, más rojo aún, a Lenin) dijo entonces T. Vázquez:

*Ya es puro pueblo desnudo la tropa de Artigas. Están luchando por lo poco que les queda. Algunos caballos, la tierra que pisan, los negros descalzos, los mulatos, los mestizos los gauchos, los indios que luchan a punta de caña y facón contra el ejército ocupador brasileño que quería arrasarlos.(...) Desde Buenos Aires los servidores de los imperios ven muy mal esta lucha libertadora de los que nada tienen, de los que son puro andrajo, y sale un folleto dirigido a aquellos que tienen algo que perder, a aquellos que tienen bienes que perder y lo firma El Guardián del Orden y esos folletos llegan al Uruguay,. Y en ese folleto a don José Gervasio Artigas, a don José, lo tratan de genio maléfico, de apóstol de la mentira, de lobo devorador, de azote de su patria, de nuevo Atila, de oprobio de la humanidad, de vergüenza del género humano.(...) Esos folletos llegan al campamento de Artigas y se los muestran. Y don José, sin separar la vista del fogón, dice: "No me importa, mi gente no sabe leer"*

Finalizada la cita de Galeano leída aquella noche en la Plaza Lafone, Vázquez retomó la palabra:

*"Hoy decimos a nuestro prócer que nuestra gente sabe leer, sí señor, porque usted así*

*lo quiso, lo quiso desde la noche de la historia. Y nuestra gente sabe que cuando hablamos de justicia social y de verdad, que cuando hablamos de hacer política para que aquellos que más necesitan tengan más (...) hay otro principio artiguista que lo defenderemos con todas nuestras fuerzas en estos cinco años: que los más infelices sean los más privilegiados" 41.*

\*\*\*

La apelación al artiguismo rebasa ciertamente al Frente Amplio para servir de apoyo, en particular, a todo aquel discurso crítico con pretensión "nacional", por encima o por afuera de los partidos políticos. Artigas "funciona" como el pasaporte de los desencantados de la política partidaria.

Es otra muestra del uso de la historia por la elite. El año 1999 estuvo muy marcado por la protesta empresarial, en especial a partir de los impactos de la crisis brasileña y de la recesión argentina en la economía exportadora uruguaya. Los empresarios no lideraron más que a sus corporaciones y estuvieron muy lejos de armar un bloque social de oposición al gobierno. En la "Marcha sobre Montevideo" pudieron leerse carteles con viejas consignas ruralistas de la década del 50; poco más tarde, se hicieron visibles las aristas más clásicas de la retórica antipolítica (en especial antiparlamentaria 42) y las permanentes alusiones a "la patria" y "al país" desde una fuerte referencia historicista: "rentabilidad o muerte".

41 He seguido aquí la columna de Mauricio Almada en *El Observador*, Montevideo, 24 de agosto de 1993, p.2. Vázquez justifica aumentos de impuestos con citas de Artigas".

42 Los empresarios rurales quedaron impresionados con el hemiciclo parlamentario semivacío en ocasión de un llamado a sala del Ministro de Ganadería y Agricultura. A los pocos días iniciaron los trámites para plebiscitar una reducción "retroactiva" del número de legisladores establecidos en la Constitución.

Tal vez el caso más paradigmático es el de la proclama de protesta rural leída por la congregación de "productores" en ocasión del 19 de junio, día del natalicio de Artigas. En una densa comunicación, plena de sentidos para el tema que venimos tratando las entidades rurales "dialogan" con Artigas, critican al Uruguay "moderno", al "país de servicios" que venció al país agropecuario tan ligado a la historia, a la política y a los políticos; resuenan en la proclama tópicos tan diversos como los que se podían advertir en las canciones preferidas por la derecha en los años 60 (*Disculpe*) o en las jaculatorias actualizadas entonces por los tupamaros ("*Patria para todos o para nadie*"):

*"Mi general: antes que nada disculpe. Porque la verdad es que hace años que usted está aquí como para recordarnos su presencia, su idea, su acción (...) Hoy venimos porque es su aniversario y por muchas otras cosas que nos hacen extrañarlo más que nunca. (...) Venimos para tratar de volver atrás y así encontrar dónde perdimos el rumbo y comenzamos este desencuentro de gobierno y agropecuaria, que ya lleva demasiado tiempo y está acabando con mucha gente, cuyo delito ha sido trabajar".*

Después de repasar el peregrinaje por las distintas instancias de gobierno (sobre la interpelación en la Cámara le "dicen" a Artigas: "*nos dejó asombrados al ver tan escaso cristiano allá abajo. Son como 100 General, y allí apenas pasaban los 50*") las entidades gremiales referían a sus reclamos fiscales y al "retraso cambiario", al costo del Estado y a la impertinencia de la torre de Antel. Más adelante insistían:

*"A 235 años de su nacimiento, tenemos que venir con vergüenza de orientales a decirle que por culpa de otros orientales, a lo mejor, y algunos que podrían ser los que usted en sus épocas llamaba malos europeos y peores americanos, nos encontramos en esta angustiada situación. (...) Hay algo peor Ge-*

*neral, la gente ya no cree. Usted habla de democracia y del gobierno del pueblo para el pueblo y preguntan "¿dónde es eso?" (...) Pero esta patria es de todos o es de ninguno. Y en eso no transaremos.(...) Usted nos legó este país, para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Usted nos confió esta tierra para que a través del trabajo en ella y de sus frutos, logremos el crecimiento de esta patria linda. Es una orden, General, y las órdenes no se discuten, se obedecen. Y en eso estamos... A la orden General querido y hoy más que nunca: ¡viva la Patria!"*<sup>43</sup>.

## VI

Buena parte de esta sección del trabajo ha estado destinada a marcar, por un lado, la persistencia de la historia partidaria como elemento de identificación ante la ciudadanía; por otro, a registrar de qué modo, una vez más, el artiguismo sirve a una retórica de la crítica al *statu quo*, provenga ésta de la derecha o de la izquierda del espectro político. En consonancia con los puntos de partida de esta comunicación, creo que estas relaciones están atravesando una formidable transición y que el uso de la historia para la acción política encontrará una redefinición a partir de las nuevas reglas electorales vigentes desde la última reforma constitucional. Con todo, dos reflexiones de base empírica aconsejan prudencia a la elite política en sus tentaciones a rehacer la relación con el pasado. Los dirigentes suelen ser más proclives a la relación interpartidaria que sus votantes. Esto es razonablemente lógico, pues las tareas de gobierno conducen a un incremento de las relaciones entre los partidos. Pero en contrapartida, también indica que los votantes, más lejanos al gobierno y a la Administración, son mucho más remisos a

43 *El Observador*, Montevideo, 20 de junio de 1999, p.27. La proclama leída en los actos de protesta rural: El campo agredido y la legítima defensa.

la disolución de fronteras simbólicas, al "entrevenero" de tradiciones.

En tal sentido, situemos la cuestión en la coyuntura de la elección interna de los partidos, en abril de 1999. En los meses previos al acto electoral un ciudadano nacionalista podía especular en el siguiente sentido: si el Dr. Ramírez votaba mal y aún se derrumbaba su apoyo, sería por haber recibido una sanción adentro de su partido y en tanto había "amenazado" con la fuga en caso de no ganar la interna. Luis A. Lacalle en cambio, sospechado de corrupción, no se apartaba demasiado de la idea que la gente<sup>44</sup> tiene de los políticos ("vivos" "acomodaticios"), pero aparecía ante su electorado como irreversiblemente blanco. *En suma: Ramirez, muy honesto pero poco blanco; Lacalle, poco honesto, como todos, pero muy blanco.* En el medio de ambos, "dispuesto para el sacrificio" Alberto Volonté, que cargó con cuatro años de coalición de gobierno y que debió escuchar de labios de un paisano del Interior un fatal "*se hizo colorado*" que lo acompañó el resto de la campaña.<sup>45</sup>

## VII

La memoria republicana del Uruguay se ha sustentado en registros parciales y en registros comunes. Parciales han sido tradicio-

nes partidarias (la redundancia es aquí oportuna), las sindicales, las cultural-generacionales. Comunes han resultado, por ejemplo, las que refieren a la sociedad y al sistema político como conjunto, aquellas que brindan un telón de fondo a los actores, que le dan a cada uno su pasaporte o su tiento para la acción pública reconocible y legítima. Tematizar estos registros e inventarios, identificar y escrutar en los "lugares de la memoria"<sup>46</sup>, es tarea pendiente y no solo de la historiografía. Propongo un ejemplo.

Para muchos uruguayos esta última década está marcada por el cuadro de peligros y oportunidades que viene suponiendo la construcción del MERCOSUR. Pero el MERCOSUR "no tiene historia", reconoce apenas "antecedentes" o crónicas todavía no muy integradas a un relato comprensivo que involucre a una comunidad supranacional. ¿Cuál es el capital de sentido, cuáles las herramientas del pasado idóneas para permitirnos circular y cobrar protagonismo en un futuro mercosuriano? ¿Sirven de algo los tópicos del Uruguay clásico? Desertando de la historia (y no digo que esté mal, o que no sea ello imperioso para cambiar), muy pocos de aquellos lugares comunes sobrevivirán.

Cuando digo "el Mercosur no tiene historia" aludo sobre todo a la ausencia de una narrativa que a él conduzca. La más perezosa o automática es la que remite a Artigas y el federalismo rioplatense, pero ella ha sido demasiado exigida como para soportar otra carga, tal vez la más obvia ("*Artigas es mucho más que nosotros* -escribía con pasión Methol Ferré- y *nosotros su fracaso histórico*") La otra narrativa no es del pasado sino del futuro; es la que refiere a la economía mundial, a la globalización, a la revolución tecnológica ...y a la amenaza del rezago del Uruguay.

44 Semanas antes de la elección Luis E. González argumentó con mucha penetración en favor de la chance de Lacalle en la interna blanca en base a este argumento de que "la gente" coloca a todos los políticos en la misma bolsa de la dudosa moralidad. Por lo que a Lacalle, contra quien nada personal se ha probado, no le perjudicaba diferencialmente su imagen asociada a la corrupción (Entrevista de Néber Araújo en Canal 12, Agenda Confidencial). Es cierto que la justicia no ha probado cargo alguno contra el expresidente; menos seguro (y tal vez improbable) es que, de todas maneras, el proceso no le haya perjudicado en términos electorales. Escribo esto en setiembre de 1999.

45 El testimonio del paisano se lo debo a Romeo Pérez. Le fue relatado por el mismo Alberto Volonté.

46 Ver Pierre Nora (dir.) *Les lieux de mémoire*, tomo 1 La République; tomo 2 La Nation; tomo 3 Les France, Gallimard, 1992.

Entre ambas perspectivas debiera colocarse la del revisionismo histórico de fines de los años 50. Dicho más breve y gráficamente, Alberto Methol Ferré "celebra" hoy, vigilante, su victoria. Hace cuarenta años que viene proponiendo una narrativa para la integración, asociada -es cierto- a un enfoque crítico del Uruguay clásico en la coyuntura de triunfo nacionalista de 1958. A su modo, proponía Methol una reconstrucción diferente de la historia y hurgaba en nuevos lugares de la memoria seguramente lejos de la concordia: Luis Batlle Berres había enterrado un ciclo del Uruguay secular -prohijado por el Imperio británico- pero además había dilapidado en el consumo suntuario la "plusvalía" extraída a la agropecuaria. Enhorabuena: el país quedaba desde entonces a la intemperie, impelido a pensar su pasado y su "destino" en una clave regional y a "protagonizar" la historia. "*El Uruguay no hace historia* -decía Methol, creo que con Ortega- *simplemente está en ella.*" Decía más:

*"Hemos vivido más como reflejo que como proyecto. La historia tiene para nosotros la opacidad de una cosa hecha, la fatalidad de una cosa redondeada.(...) A nuestros ojos la historia es ese monstruo denso, oscuro, se disuelve en la psicología. Todo termina en dictadores patológicos, héroes buenos y malos, honrados o no, en el imperio mágico del Derecho"*<sup>47</sup>

Junto a Washington Reyes Abadie (un investigador del artiguismo que emprendió su tarea desde referencias geopolíticas) y a Roberto Ares Pons, Methol fundó la revista *Nexo*. Desde sus páginas predicaban que la "gran

tarea uruguaya", su "rol histórico" debía ser el de nexo entre Brasil y Argentina, cuyo entendimiento era la única base real del "desarrollo y la unidad latinoamericanos"<sup>48</sup>.

Examinado el trayecto uruguayo del revisionismo histórico es interesante su comparación con el argentino. Fuera de los aspectos comunes (lenguajes, temáticas, trato a la modernidad como proyecto) el contraste es notable. Por ejemplo, no sería posible afirmar, como lo hace Tulio Halperin para su país, que el revisionismo es "el sentido común histórico" de los uruguayos. La propia evolución histórica, diferente sin duda, habilita a revisiones también diferentes. La historiadora argentina Diana Quattrocchi ha estudiado el tema desde la indagación en una línea tendida entre Rosas, Yrigoyen y Perón. El "episodio rosista" habría dejado dos memorias, la de los vencedores y la de los vencidos; los primeros se adueñaron del Estado, de la Escuela, de la Historia; los vencidos circularon más bien en la "memoria familiar". El revisionismo argentino fue un ejercicio de contrahistoria por el cual los actores políticos (y los historiadores) utilizan un modelo desaparecido o frustrado; se sirven de una derrota en el pasado para dotar de legitimidad a otro orden deseado de las cosas. Después de los años 30 el revisionismo le dio al nacionalismo argentino las pruebas

47 Alberto Methol Ferré, *La crisis del Uruguay y el imperio británico*, Buenos Aires, La Siringa, 1959, pp.11, 79. El ensayo se había publicado parcialmente en Uruguay en *Tribuna Universitaria*, octubre de 1959. Algunas ideas serán retomadas y completadas en la década siguiente con la publicación de *El Uruguay como problema*, Montevideo, 1967, EBO.

48 De *Nexo* se publicaron inicialmente cuatro números entre abril de 1955 y diciembre de 1958. Methol y Reyes se apartaron en el número 4 y se incorporaron a la dirección el médico Horacio Asiaín Márquez y Carlos Real de Azúa, quien no llegó a escribir. Además de los directores participaron Sergio Benvenuto, Héctor Gros Espiel, Servando Cuadro, Helio Jaguaribe, Enrique Rivera. Una lista de profesionales apoyaban a la revista con publicidad de sus bufetes y consultorios: Eduardo Pedoja, José C. Williman(h), Oscar Bruschera, Carlos Real de Azúa, Arturo Ardao, Aldo Solari, entre otros. También de algunos comercios: Rama Hermanos, La Bolsa de los Libros, Pan American World Airways, Librería Central y Ediciones Atahualpa, de Buenos Aires. Tras larguísimo silencio la revista *Nexo* reapareció en 1984, otra vez con Methol en la dirección.

de que el país "había sido una gran nación" así como algunas pistas sobre el modo de reconquistar esa condición. Más tarde, todavía, los revisionistas encontraron los fundamentos para identificar al peronismo con la argentinidad perdida después de Caseros.<sup>49</sup>

El Uruguay está muy lejos de la división de aguas de la memoria entre vencidos y vencedores. Desde la escuela pública, desde J.E. Pivel Devoto y los partidos políticos, la historia contada, explícita, es de concordia, de limado de diferencias, de cooperación blanco-colorada y continuidades aseguradas por las instituciones. Nuestro revisionismo no refiere a una frustración de "la pasada opulencia", no está marcado por el nacionalismo "uruguayo; si a algún tramo de la historia se remite es al virreinal-artiguista. La "frustración del destino" está antes de la nación y no después como en la Argentina.

### VIII

Quiero finalmente arrojar interrogantes acerca del futuro de una hipótesis fuerte que ha permitido pensar el pasado uruguayo. Hace ya muchos años Carlos Real de Azúa nos dejó una reflexión muy exigente acerca de nuestra sociedad, a la que caracterizó como *amortiguadora*.<sup>50</sup> La hipótesis estaba concebida en términos históricos, en tanto la amortiguación que señalaba Real se encadenaba significativamente desde la colonia "débil y tardía", se configuraba luego en cada etapa de la historia del país, hasta llegar al golpe de Estado de 1973, cuando aquel rasgo identificador que-

daba claramente en suspenso. Pasada la dictadura, la amortiguación se restauró: el sistema político se volvió a colmar de contrapesos y vetos, las confrontaciones sociales no cobraron drasticidad, la inflación no se hiperdisparó como en los países vecinos, los sectores supuestamente dominantes se reencontraron con tradicional incapacidad hegemónica, con su debilidad para operar como dirigentes. Nadie ganó y nadie perdió de manera aplastante o incontestable.

Pero a diez años de la restauración estos "impulsos y frenos" característicos de la convivencia uruguaya comienzan a no ser bien estimados por la élite política y tal vez tampoco por la ciudadanía que la autoriza. He examinado con cierto cuidado la discusión en el Parlamento Nacional del proyecto de reforma constitucional aprobado en diciembre de 1996 por el electorado y no hallé más que timidez o vacilación, tanto en relación con las tradiciones partidarias (propias y ajenas) como con el sistema político en su conjunto.

Un balance de ese proceso debería concluir -con Perogrullo- en que el éxito del reformismo político reciente se ha debido a que muy pocos actores defendieron lo que para la gran mayoría era fácil de atacar. Y era fácil, entre muchas razones, porque en este país de "la política de historiadores"<sup>51</sup> la historia tradicional dejó de ser (al menos por un tiempo) el soporte discursivo de la elite política. Los nuevos atributos que se reclaman son percibidos como contradictorios o divergentes respecto a la acumulación lograda; forman parte, más bien, de la batería de recursos que razonable-

49 Ver. Diana Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, pp. 15, 49, 69, 97, 223, 283, Buenos Aires, EMECE, 1995.

50 Cfr. Carlos Real de Azúa *El impulso y su freno*, Montevideo, EBO, 1964; "Política, poder y partidos en el Uruguay de hoy" en *Uruguay Hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971; *Uruguay ¿una sociedad amortiguadora?* Montevideo, CIESU-EBO, 1984.

51 El historiador sueco era Göran Lindahl, que escribió a fines de los años 60 *Batlle. Fundador de la democracia*, Montevideo, Arca, 1971. Junto al norteamericano Milton Vanger y a una estimable fila de investigadores que se doctoraron con el "tema" Uruguay (ya no quedan muchos "uruguayólogos" por el mundo), compartían la visión del "país modelo" en el que la historia política marcaba a fuego a la vida política.

mente demanda la posmodernidad (eficacia, rapidez en la decisión, mayorías operantes, delegación más que representación), y que las reconstrucciones del pasado al uso ya no ofrecen. ¿Hay que cambiar la historia? ¿O tal vez sea el momento de actualizar aquel perturbador aforismo de René Char rescatado por Hanna Arendt en un ensayo de los años 50: "*notre heritage n'est précédé d'aucun testament*"?

## SÍNTESIS

La última elección uruguaya del siglo XX, realizada, por un lado, en un contexto de "males-tar con la política" y por otro, de nuevas reglas electorales parece arrojar a los actores partidarios a una relación diferente con la historia propia y ajena. Para el autor de este artículo, si los tiempos son de transición, el capital de sentido acumulado por los partidos uruguayos debería dar muestras de su "funcionalidad", ya sea habilitando a reelaboraciones que aseguren la continuidad de ciertas tradiciones cívicas, ya reformulando radical y "negativamente" la relación con el pasado a partir de postulados más resueltamente fundacionistas.

## ABSTRACT

The last Uruguayan election of the 20<sup>th</sup> century, was carried out in a context of political discontent and with new electoral rules which seems to push party actors to new different relationships with its own and others' history. The author contends that, if we are living in a period of transition, the accumulated capital of the uruguayan parties should give samples of its "functionality". It could be either by transformations that ensure the continuity of certain civic traditions, or by a radical "negative" reformulation of the parties' relationship with the past by establishing more resolutely founding postulates.